

«En la noche que me rodea la luz de la divina presencia brilla para mí de un modo mucho mas vivo. Dios me mira con mas ternura y compasion por que solo á él puedo ver. La ley divina no solo debe servirme de escudo contra las injurias, sino hacerme mas sagrado, no por causa de la privacion de vista, sino porque estoy bajo la sombra de las alas divinas que son las que al parecer producen en mí esas tinieblas. A esto atribuyo las afectuosas solicitudes de mis amigos, sus consoladoras atenciones, sus agradables visitas y sus respetuosos miramientos.»

Por el siguiente pasaje de una de sus cartas á Pedro Fleimbach, se ve á qué molesto extremo se veia reducido para escribir.

«Aquella de mis virtudes, que denominais política, y que me agradaria mas que la llamarais sagrado afecto á la patria (dulce nombre que siempre me llena de encanto) no me ha recompensado muy bien. Si al acabar de leer mi carta encontrais alguna parte de ella que carezca de la correccion debida, echad la culpa al muchacho que escribe por mí, ignora absolutamente el latin y me veo puesto miserablemente en el caso de tener que deletrearle las palabras.»

Los males de Milton se habian agravado por algunos disgustos domésticos: ya hemos dicho que perdió su primera esposa María Powell, que murió de parto; su segunda llamada Catalina Wood Cock de Hackney, murió del mismo modo al cabo de un año. Su tercera mujer, Isabel Minshul, fue la que le sobrevivió y le sirvió bien. No parece que llegó á ser muy amado: sus hijas que tan hermoso papel poético representan en su vida, le engañaban, y vendian en secreto sus libros. Milton se lamentaba, aunque desgraciadamente parece que su carácter tuvo la misma inflexibilidad que su talento. Johnson ha dicho con verdad y exactitud, que Milton creia que la mujer no habia sido creada mas que para la obediencia y el hombre para la *rebellion*.

PUBLICACION DEL PARAISO PERDIDO.

Tocaba ya en la edad de los cincuenta y nueve años cuando en 1667 pensó en publicar el *Paraiso perdido*. Habia manifestado el manuscrito de esa obra que entonces estaba dividida en diez libros, á Ellwood, cuauero que ha dejado á la literatura inglesa una *Historia Sagrada* y la *Davideidea*. El manuscrito del *Paraiso perdido* no era enteramente todo de letra del autor: no teniendo este medios para pagar á un escribiente, se lo habia ido dictando alternativamente á varios amigos. El censor rehusaba dar el *imprimatur* á ese Galileo, descubridor de nuevos astros: á cada verso promovía una cuestion y le parecia que el crimen de *alta traicion* resaltaba particularmente en aquel magnífico paraje en que la oscurecida gloria de Satanás es comparada á un eclipse, que alarma á los reyes por el terror de las revoluciones.

¿Cómo no echaba de ver el doctor Tomkyns las alusiones á la monarquía restaurada, alusiones tan manifestas en aquellos versos que forman parte de la hermosa invocacion al amor conyugal?

«No hay por cierto esos placeres (el amor) en la venal sonrisa de las prostitutas, en los rápidos gozces sin pasion, sin alegría, sin nada que pueda hacerlos amables; no los hay tampoco en la danza de las favoritas bajo la careta lasciva, ni en el baile de media noche, ni en la serenata que un famélico amante da á su altiva beldad, de la cual para obrar con cordura deberia separarse con desprecio.»

Milton pinta aun con mas claridad la corte de Carlos en la *corte de Baco* cuando presenta á los cortesanos dispuestos á hacerle (á Milton) pedazos como las Bacantes despedazaron á Orfeo en la cima de los montes de Tracia.

«Expulsa lejos á los antipáticos bárbaros de Baco, y á sus llamados hijos del placer; raza de aquella horda frenética que en la cima del Ródope desgarró al cantor de Tracia: con su lira encantaba el eco de las selvas y de las rocas hasta que un salvaje clamor apagó su voz y el sonido de su lira: la musa no pudo defender á su hijo.»

Es probable que la ingeniosa cobardía del censor salvó el *Paraiso perdido*: Tomkyns no se atrevió á ver al rey y á sus amigos en un retrato cuya semejanza chocaba á todo el mundo.

Los editores llenos de temor no manifestaban deseos de adquirir el manuscrito de un autor pobre, casi desconocido como poeta, sospechoso y detestado como prosista. Por fin hubo uno mas atrevido que los demás y este se encargó temblando de la obra fatal.

Consérvase el tratado de venta y el manuscrito del poema manchado con el *imprimatur*: el título de este contrato es *Milton's agreement with M. Symons for Paradise lost, data 27 april 1667*. Convenio de Milton con Mr. Symons por el *Paraiso perdido*, fechado en 27 de abril de 1667.

El texto de ese contrato dice que Juan Milton, hidalgo, cede á Samuel Symons, impresor, en propiedad y para siempre, por la suma de cinco libras esterlinas, pagadas en el acto al dicho Milton, todos los ejemplares, copias y manuscritos de un poema intitulado, *Paraiso perdido, ó con cualquiera otro título, ó denominacion que se le imponga*. Singular cláusula, por la cual se ve que Milton despues de comprado y vendido el poema aun estaba vacilando sobre el nombre que le habia de poner. Samuel Symons se obliga en virtud (*in consideration*) de la adquisicion del *Paraiso perdido* á pagar otra suma de cinco libras esterlinas al fin de la primera impresion, cuando haya vendido mil trescientos ejemplares de la obra. Ademas se obliga á pagar á Juan Milton ó á sus herederos, al fin de una segunda edicion y cuando haya vendido igual número de ejemplares, es decir, mil y trescientos, otra tercera suma de cinco libras esterlinas. A continuacion de este contrato se ven tres recibos, uno fechado en 26 de abril de 1669 y firmado Juan Milton, que confiesa haberle sido entregadas las segundas cinco libras esterlinas mencionadas en el contrato, y el otro firmado por Isabel, viuda de Milton, en 21 de diciembre de 1680, confesando haber recibido la suma de ocho libras esterlinas por la cesion de todos sus derechos sobre la edicion en doce libros del *Paraiso perdido*. Finalmente aparece otro tercer recibo ó mas bien una especie de declaraciones de Isabel Milton, mediante las cuales fechadas en 29 de abril de 1781, desiste para siempre de toda accion ó reclamacion que contra Samuel Symons pudiera hacerse «desde el principio del mundo hasta el día presente.» *Fecha el año treinta y tres del reinado de nuestro soberano señor Carlos, por la gracia de Dios rey de Inglaterra, de Escocia, de Irlanda y de Francia, y defensor de la fe.*

De manera que Milton recibió diez libras esterlinas por la cesion de propiedad del *Paraiso perdido* y su viuda ocho. Los últimos recibos de esta, segun acaba de verse, estan fechados el *año treinta y tres del reinado de Carlos II*, es decir, que la revolucion del 1649 es como si no hubiese acaecido; Cromwell, como si no hubiera reinado, y Milton, secretario de la república y del protector, como si no hubiese escrito bajo la república y el protectorado el inmortal poema vendido en diez libras esterlinas pagadas en el plazo de dos años. ¿Y es la viuda de Milton la que firma ese documento! ¿Qué importa? No le era mas dable á Carlos II extinguir la época cuya fecha habian fijado Cromwell y Milton, que á Luis XVIII borrar de su reinado la fecha de Napoleon.

SANSON.—EL PARAISO RECONQUISTADO.—NUEVA LÓGICA.—VERDADERA RELIGION.—MUERTE DE MILTON.

El *Paraiso perdido* permaneció sepultado en el fondo de la tienda del malhadado editor, durante toda la vida del poeta. En 1667 cuando Luis XIV estaba en el apogeo de su gloria, cuando Andrómaca hizo su aparicion en la escena; era conocido John Milton en Francia? Si: tal vez era conocido de algunos magistrados como un picaro emborronador de papel, cuyas diatribas habian sido debidamente quemadas por mano del verdugo en París y en Tolosa.

Milton sobrevivió siete años á la publicacion de su poema y no vió su resultado. Johnson que niega al poeta todo lo que puede negar, no le quiere conceder ni la amarga satisfaccion de creer que se habia engañado, de pensar que habia malgastado el tiempo de su vida, ó que una edad indiferente ó envidiosa no le dejaba comprender su talento. El crítico pretende que el *Paraiso perdido* llegó á tener un verdadero éxito en vida del autor y que este vió los progresos silenciosos de su obra; que no se desalentó y que reparando en su propio mérito, con una confianza íntima en su talento, esperó sin impaciencia las vicisitudes de la opinion, y la imparcialidad de la siguiente generacion.

Este supuesto es contrario á los hechos materiales: por otra composicion de Milton, por el *Sanson* vamos á ver si el poeta creia merecer el aprecio de sus contemporáneos.

Milton tenia aquella energía de alma que se hace superior á la desgracia y se desentende de toda ilusion; despues de haber regalado al mundo todo su ingenio en su poema, continuó sus trabajos literarios como si nada hubiese hecho, como si el *Paraiso perdido* fuese un folleto insignificante, una casualidad que no merecia llamar la atencion de nadie. Sucesivamente fue publicando el *Sanson*, el *Paraiso reconquistado*, una *Nueva lógica* y un tratado sobre la verdadera religion.

El *Paraiso reconquistado* es una obra en que se nota cansancio en medio de la belleza y calma que en ella respiran; pero en la tragedia de *Sanson* campean el vigor y la sencillez de los tiempos antiguos. El poeta se retrata en la persona del israelita ciego, prisionero y desgraciado. ¡Noble manera de vengarse de su siglo!

El día de la festividad del idolo Dagon, Sanson consigue permiso de respirar por un momento en la puerta de su prision, en Gaza, y allí se lamenta de sus miserias.

«Busco este sitio solitario, dice el israelita, para dar algun reposo á mi cuerpo; mas no hay lugar donde por algun momento puedan serenarse mis inquietos pensamientos; apenas me ven solo cuando á manera de avispas armadas de aguijon, se precipitan sobre mí y me atormentan con el recuerdo de lo que he sido y con la consideracion de lo que soy.... El mas atroz de mis males es la pérdida de la vista. ¡Ciego y en medio de mis enemigos! ¡Ah! Eso es peor que las cadenas; peor que los calabozos, peor que la mendicicia y que la decrepitud. El mas vil de los seres me aventaja: el gusanillo rastrea; peor ve. ¡Yo! Yo estoy sepultado en tinieblas en medio de la luz. ¡Tinieblas, tinieblas, tinieblas en plena luz del sol! ¡Tinieblas irrevocables, eclipse total sin ninguna esperanza de luz! Si la luz es necesaria á la vida; si es casi la vida, si es cierto que está en el alma, ¿por qué ha de haber sido confiada la vista al delicado globo del ojo tan fácil de apagar?.... ¡Ah! Si fuera de otro modo no me hallaria desterrado de la luz para vivir en el dominio de la noche, expuesto á todos los insultos de la vida y cautivo entre inhumanos enemigos.»

Se cree que en estas últimas palabras el poeta aludia á la ejecucion de segundo Enrique Vane.

Sanson conducido á la fiesta de Gaza para servir de espectáculo á los convidados, ruega á Dios le devuelva la fuerza; derriba las columnas de la sala del festin y perece bajo las ilustres ruinas con que sepulta á los filisteos, como Milton al morir abrumó á sus enemigos con el peso de su gloria.

Milton en sus últimos dias tuvo que vender su biblioteca. Su fin estaba cercano: habiendo ido el doctor Wright á hacerle una visita lo encontró retirado en el primer piso de su pequeña casa, en un reducido aposento; subíase á esta habitacion por una escalera entapizada momentáneamente con un paño de lana verde para amortiguar el ruido de las pisadas y preparar el silencio del hombre que iba avanzando hácia el silencio eterno. El autor del *Paraiso perdido*, estaba recostado en un sillón de brazos, su traje era negro; su cabeza estaba desnuda; sus plateados cabellos caian desordenadamente sobre sus hombros, y bajo su pálida frente se destacaba el brillo de sus hermosos ojos negros de ciego.

La divinidad que hablaba al poeta durante la noche vino á buscarle el 10 de noviembre de 1674. Milton fué á reunirse en el celestial Eden con aquellos ángeles, en medio de los cuales habia vivido en este mundo y cuya hermosura, nombres y ocupaciones le eran ya conocidas.

Milton espiró tan suavemente que apenas pudo echarse de ver el momento en que á la edad de sesenta y seis años menos un mes, entregó á Dios uno de los espíritus mas poderosos que en ningun tiempo han llegado á animar la arcilla humana. Esa vida del tiempo ni larga ni corta sirvió de base á una vida inmortal: el grande hombre arrastró sobre la tierra dias bastantes para cansarse, pero no para agotar su talento que poseyó en su plenitud hasta el último suspiro Bossuet así como Milton tenia cincuenta y nueve años cuando compuso la obra maestra de su elocuencia, ¡con qué fuego, con qué juventud habla de sus blancos cabellos! De la misma manera el autor del *Paraiso perdido* al pintar los amores de Adán y Eva se lamenta del hielo de los años. El obispo de Meaux pronunció su *Oracion fúnebre de la reina de Inglaterra* en 1669, el mismo año en que Milton dió el recibo de la segunda suma de las cinco libras esterlinas, producto de la venta de su poema. Esos incomparables talentos, militando en filas opuestas, sin conocerse, sin haber nunca tal vez oido pronunciar sus nombres, hicieron el retrato de Cromwell: las águilas pudiendo ser vistas de todo el mundo, viven aisladamente y separadas en la cumbre del monte.

Milton murió exactamente en el término medio de las dos revoluciones de Inglaterra, esto es, catorce años despues de la restauracion de Carlos II y catorce antes del advenimiento de Guillermo. Fue enterrado cerca de su padre en el coro de la iglesia de *Saint-Gilles*. Mucho tiempo despues los curiosos iban á ver una pequeña piedra, cuya inscripcion no era ya legible: aquella piedra guardaba las desamparadas cenizas de Milton; ignórase si el nombre del autor del *Paraiso perdido* habia sido borrado.

La familia del poeta se sumergió prontamente en la oscuridad. Treinta años habian pasado desde la muerte de Milton, cuando Débora al ver por primera vez el retrato del padre que ya entonces era célebre exclamó: «¡oh padre mio! ¡oh mi querido padre!» Débora se habia casado con Abraham Clarke, tejedor en Spithfields y murió en agosto de 1727 á los sesenta y seis años de edad. Una de sus hijas contrajo matrimonio con Tomás Foster, tambien tejedor. Cierta crítica viéndola reducida á la extrema miseria propuso que se abriera una suscripcion en su favor. «Esta proposicion, dijo el crítico, debe ser bien recibida, puesto que yo, á quien con razon se podria llamar

»Zoilo del Homero inglés, soy quien la hago.» No tuvo ese Zoilo el placer de alimentar la nieta de Homero con los ultrajes que había prodigado al padre de la epopeya bíblica. El teatro inglés fue el tutor de aquella huérfana, concediéndole el beneficio de una representación de la *Máscara*, cuyo prólogo escribió Samuel Johnson que por otra parte se manifestó bastante duro en su juicio respecto de Milton.

Débora fue conocida del profesor Ward y de Richardson que escribió una vida de Milton. Addison se declaró protector de Débora y alcanzó para ella un donativo de cincuenta guineas por parte de la reina Carolina.

Un hijo de Débora, Caleb Clarke, pasó á la India á principios del siglo XVIII. Por sir James Mackintosh se ha sabido que ese nieto de Milton fue clérigo en una parroquia de Madrás. Este tuvo de una mujer llamada María, con quien había estado casado, tres hijos: Abrahán, María que murió en 1806 é Isaac. Abrahán viznieto de Milton se casó en setiembre del 1723 con Ana Clarke, de cuyo matrimonio tuvo una hija, María Clarke, que según consta de los libros parroquiales de Madrás, nació en 2 de abril de 1727. Aquí desaparecen las huellas de la familia de Milton, pues no se tiene noticia alguna ni de Abrahán, ni de Isaac, que acaso no murieron en Madrás, y cuya defunción no consta en los registros parroquiales de Calcuta ni de Bombay. Si hubieran vuelto á Inglaterra, no habrían podido escaparse de las indagaciones de los admiradores y biógrafos de Milton: por lo tanto es de presumir que se perdieron en las vastas regiones de la India en la cuna del mundo cantada por su abuelo. Tal vez algunas gotas desconocidas de la libre sangre de Milton animan hoy el corazón de un esclavo, tal vez circulan por las venas de un sacerdote de Budha, ó por las de alguno de aquellos pastores indios que recostado á la sombra de una higuera, cuida de «sus rebaños al través de recortes hechos en lo mas espeso del follaje.»

*Shellers in cool, end tends his pasturing hers
At loopholes cut thro' thickest shade.....*
(Paradise lost).

Nada mas natural que la curiosidad que nos mueve á indagar noticias acerca de la familia de los hombres ilustres: no pereció la de Buonaparte porque en pos de sí dejó los reyes y reinas que hizo con su espada. Inutilmente he tratado de inquirir noticias sobre los descendientes de Cromwell, cuyo nombre en lo tocante á la celebridad se encuentra inseparablemente unido al de Milton.

En mi Historia de los cuatro Estuardos he dicho: «Es posible que algun heredero directo de Oliverio Cromwell, por Eurique, sea actualmente un labrador irlandés, acaso católico, que se alimente de papatas en las campiñas de Ulster, atacando por la noche á los partidarios de Orange, y luchando incesantemente contra las atroces leyes del Protector. También es posible que ese desconocido heredero de Cromwell haya sido un Franklin, ó un Washington en América.»

PARAISO PERDIDO.—ALGUNAS IMPERFECCIONES DE ESE POEMA.

El conde Dorset, buscando libros entró en el despacho del editor de Milton y puso casualmente la mano sobre el *Paraiso perdido*. El editor suplicó humildemente á su señoría se dignara leerlo y proporcionarles compradores. El conde se llevó el libro, lo leyó, y se lo envió á Dryden que lo devolvió con estas palabras. *Este hombre nos oscurece, á nosotros, y á los antiguos.*

Eso no obstante la celebridad del autor de aquel libro se iba desarrollando con la mas pausada lentitud:

las costumbres frívolas y corrompidas de aquella época, y la aversión ó mejor dicho la incredulidad que los excesos de las sectas religiosas habían hecho nacer se oponía al buen éxito de un poema tan severo por lo tocante al estilo, á la forma, y al pensamiento; ni el duque de Buckingham, ni el conde de Rochester, ni el caballero Temple se ocupaban de Milton. Pero en 1668, llamó la atención del público una edición en folio del *Paraiso perdido* hecha bajo la protección de lord Sommers: habría podido decirse que la gloria del enemigo de los Estuardos, oprimida por ellos, había esperado el año de su caída para brotar con vigor. Si Milton hubiese vivido, como su hermano, hasta la época de la revolución del 1688 ¿habría encontrado gracia cerca del nuevo gobierno? Lo dudo; porque en realidad no se había hecho mas que cambiar de rey. El antiguo regicida Ludlow, que acudió presuroso desde Lausana, se encontró tan extranjero bajo el reinado de Guillermo III, como lo había sido en tiempo de Jacobo II, considerándose como hombre de otros tiempos el regicida tuvo por oportuno retirarse á morir en la soledad.

Poco á poco las ediciones del *Paraiso perdido* fueron multiplicándose. Addison le consagró diez y ocho artículos del *Espectador*. Desde entonces ya no hubo bastantes altares para el nuevo idolo; Milton tomó en el culto público su puesto al lado de Shakespeare.

No dejaron, sin embargo, de oírse algunos gritos de oposición, ninguna gran celebridad se ha cimentado sin contradicciones. Supusieron que Milton había imitado á Masenio, Ramsay, Vidas, Sanázaro, Romeo, Fletcher, Staiorst, Taubman, Andreini, Quinciano, Malapert, Fox... y bien habrían podido añadir todavía San-Avito, Dubartas, y el Taso. San-Avito tiene bellísimas escenas en su *Eden*. Es probable que Milton durante su estancia en Nápoles en compañía de Manso leyera las *Sette giornate del mondo creato* del Taso. El cantor de la Jerusalén hace salir Eva del seno de Adán en tanto que *Dios derramaba plácida quietud en los miembros de nuestro primer padre adormecido.*

(Ed irrigó di placida quiete
Tutté le membra al sonacchioso...)

El Taso dulcificó la imágen bíblica; la mujer según las dulces creaciones del poeta, no es mas que el primer sueño del hombre.

¿Qué influye todo esto en la gloria de Milton? ¿Han abierto esos supuestos originales sus obras por el acto de despertarse Satanás en el infierno? ¿Han atravesado el caos con el ángel rebelde, han presenciado la creación del umbral del empero, han apostrofado al sol, han contemplado la dicha del hombre en su primitiva inocencia, ni adivinado los magestuosos amores de Adán y Eva?

Sea que al traducir á Milton, el hábito de una íntima sociedad me haya acostumbrado á sus defectos; sea que dando mas amplitud á la crítica, no juzgue al poeta sino con relación á las edades que debía tener, lo cierto es que ya no me chocan en el *Paraiso perdido* ciertas cosas que me disgustaban en otro tiempo. Deseando Milton hacer recaer en Satanás la invención de todo lo malo que existe entre los hombres, supone el descubrimiento de la artillería en las eternas mansiones. No me repugna ya tanto esta idea en fuerza del origen que atribuyo al deseo del poeta. De allí toma pretexto para hablar de la conspiración, llamada de la *pólvora*, tiene cinco composiciones latinas in *Prodigionem bombardicam*, in *Inventorem bombardæ.*

Los insultos que entre sí se prodigan los demonios son una imitación de las ironías que Homero puso en boca de sus héroes. Pláceme ver la lliada al través del *Paraiso perdido*.

Los espíritus rebeldes convertidos en serpiente

que silban á su caudillo cuando se jacta de haber causado bajo la figura de una serpiente la perdición de la raza humana, son caprichosas imágenes, pero admirablemente bien expresadas, de un exceso de imaginación. En las críticas que se han hecho de ese pasaje no se ha visto, ó no se ha querido ver la explicación que el mismo poeta da acerca de esa metamorfosis, conforme con el asunto de la obra y con las tradiciones mas populares del cristianismo. Es la última vez que se ve á Satanás: el príncipe de las tinieblas, soberana inteligencia al principiar el poema, antes de la seducción de Adán, se convierte en hediondo reptil al fin del poema, después de la caída del hombre: en vez del espíritu que aun brillaba como el sol eclipsado, no queda ya mas que la *antigua serpiente*, el *antiguo dragon* del abismo.

Menos injusto sería el criticar á Milton por algunos rasgos de mal gusto, como por ejemplo, aquella comida (de frutas) que no se enfria. Habría yo tambien querido suprimir los versos en que Adán llama á Eva *costilla torcida* que él había *tenido de mas*: desgraciadamente esa injuria se encuentra colocada en un pasaje dramático de admirable belleza.

El poeta abusa algo de su erudición; pero en ese particular menos se peca por mucho que por poco: así es que Milton supo sacar de su erudición bellezas que Shakespeare no consiguió de su ignorancia. ¿No es extraño que en medio de los escasos conocimientos de la física de aquel tiempo, anunciase Milton la atracción, que posteriormente fue demostrada por Milton? Kepler, Boullian y Hook, es cierto que preparaban la vía á ese descubrimiento; pero Milton, aun en ese caso, nada podía saber mas que lo que ellos denominaban *fuerza atractoria*. Allí en la antigüedad (tres siglos antes de Jesucristo), Aristarco de Samos, dijo que el sol era el centro único del universo.

En los cuadros del poeta se echan de menos alguna vez que otra matices y luces; puede adivinarse que el pintor está ciego, así como en la armonía se comprende tambien la falta de vista del autor en lo indefinido de ciertas notas. Las descripciones del *Paraiso perdido*, por lo dulce, lo vaporoso y lo ideal de su tono, son parecidas á vagos recuerdos: los *últimos términos* de los cuadros de Milton, en relación con su edad, con las tinieblas de sus ojos, y con la noche de la tumba cercana, tienen un carácter de melancolía que en ninguna otra parte sería posible hallar. ¿Podrá pedirse nada á quien para pintar una noche en el Eden, os dice: «El ruiseñor repetía sus amorosos lamentos y el silencio los escuchaba encantado?» Cinco ó seis versos fuera de todas las reglas vulgares, le bastan para ofrecer el religioso espectáculo de la aurora. «La luz sagrada empieza á despuntar en el Oriente entre las húmedas flores; estas exhalan su perfume matutinal, cuando todo lo que respira sobre el grande altar de la tierra, eleva hácia el Criador silenciosas alabanzas y un olor que le es agradable.» Estas palabras parecen un versículo de los Salmos; *Jubilare Deo omnis terra; Benedic anima mea Domino.*

Finalmente, si el poeta se manifiesta alguna vez cansado; si la lira se escapa de su fatigada mano, el autor reposa, y yo reposo con él: no quisiera que los hermosos pasajes del Cid y de los Horacios estuviesen unidos por medio de armonías elegantes y estudiadas; las sencilleces de Corneille son un tránsito á nuevas grandezas, que me agrada sobre manera.

PLAN DEL PARAISO PERDIDO.

¿Qué podré decir acerca del *Paraiso perdido*, que no se haya dicho ya? Mil veces se han citado los rasgos sublimes, los discursos, los combates, la caída de los ángeles, y aquel infierno que *habría huido es-*

pantado si Dios no hubiese dado tal profundidad á su abismo. Insistiré, pues, principalmente en la composición general de la obra, para poner de manifiesto el artificio que predomina en el conjunto.

Satanás se despierta en medio de un lago de fuego. (¿Qué despertar!) Reune el consejo de las legiones precitas; recuerda á sus compañeros de rebeldía y de castigo un antiguo oráculo que anunciaba la aparición de un mundo nuevo, y la creación de una nueva raza destinada á llenar el vacío que habían dejado los ángeles rebeldes: ¡Cosa espantosa! ¡En el infierno es donde resuena por primera vez la palabra HOMBRE!

Satanás se propone ir á buscar ese mundo desconocido, y destruirlo ó corromperlo. Parte; registra el infierno; se encuentra con el Pecado y la Muerte; se hace abrir las puertas del abismo, atraviesa el caos; descubre la creación; baja al sol; llega á la tierra; ve á nuestros primeros padres en el Eden, queda conmovido de su belleza é inocencia, y da por sus remordimientos y su emoción una idea inefable de la naturaleza y la felicidad de aquellos. Dios ve á Satanás desde lo alto del cielo; predice la debilidad del hombre, y anuncia su absoluta ruina, sino se presenta algun fiador que sea capaz de dar la vida por él: los ángeles permanecen mudos de espanto. En el silencio del cielo solo el Hijo toma la palabra, y se ofrece en sacrificio por el hombre. La víctima es aceptada; el hombre queda redimido aun antes de su caída.

Rafael, enviado por el Omnipotente, previene á nuestros primeros padres de la llegada y proyectos de su enemigo. El mensajero celestial refiere á Adán la rebelión de los ángeles acaecida cuando el PADRE anunciaba desde lo alto de la sagrada montaña, que había engendrado á su Hijo y le entregaba todo poder. El orgullo y la envidia de Satanás, irritados por esta manifestación, lo arrastraron al combate, en el que vencido con todas sus legiones, fue precipitado al infierno. Milton, para discurrir el motivo de la rebelión de Satanás, no tuvo mas antecedentes que la inspiración de su númen. Así es como da á conocer todo lo que precede á la apertura del poema, empleando para el efecto todo el arte de un consumado maestro. Rafael sigue refiriendo á Adán la obra de los seis días, y Adán cuenta á su vez á Rafael su propia creación. El Angel se remonta al cielo. Eva se deja seducir, prueba el fruto vedado, y arrastra al hombre en su caída.

En el décimo libro vuelven á presentarse todos los personajes, y vienen á cumplir su destino. En los dos libros siguientes Adán ve las consecuencias de su caída, y todo lo que ha de suceder hasta la encarnación de Cristo: el Hijo inmolándose, debe redimir al hombre. El Hijo es uno de los personajes del poema; por medio de una visión permanece solo y último en la escena, á fin de terminar en el monólogo de la cruz la acción definitiva, el *consumatum est*.

Esta es la obra en su sencillez. Los hechos y las narraciones nacen del recíproco enlace; el lector recorre el infierno, el caos, el cielo, la tierra, la eternidad, y el tiempo en medio de blasfemias y cánticos, y de suplicios y alegrías; recórrense esas inmensidades naturalmente, sin apercibirlo, sin sentir ningun movimiento, sin conocer los esfuerzos que han sido necesarios para ser arrebatado á tal altura en las alas de un águila, y para crear un mundo semejante.

Esta observación por lo tocante á la última aparición del Hijo, demuestra contra lo que opinan ciertos críticos, que el autor habría hecho mal de suprimir los dos últimos libros. Estos libros que no sé por qué razon están considerados como los mas débiles del poema, son tan hermosos como los demás, y hasta puede decirse que tienen un interés humano que les falta á los otros. Siendo el mas grande de los poetas

Milton, es también el más grande de los historiadores, sin dejar de ser poeta. Miguel anuncia á nuestros primeros padres que es preciso salir del paraíso. Eva llora y se desconsuela al abandonar sus flores: «¡Oh flores, dice, que habeis recibido todas de mí vuestros nombres!» Hermoso rasgo que algunos creyeron ser original de uno de los últimos poetas germánicos, y que no es más que una de las bellezas de que tanto abundan las obras de Milton. Adán se lamenta también; pero es por tener que abandonar los sitios que Dios se había dignado honrar con su presencia. «Yo habría podido decir á mis hijos, dice Adán, en la cumbre de esa montaña se me apareció; bajo aquel árbol se hizo visible á mis ojos; entre aquellos pinos oí su voz; al borde de aquella fuente hablé con él.»

Esta idea de Dios de que el hombre está dominado en el *Paraíso perdido*, es de una extraordinaria sublimidad. Eva al venir á la vida, no se manifiesta ocupada más que de su belleza, ya no ve á Dios sino al través del hombre; Adán en el momento de su creación comprendiendo que no ha podido crearse á sí mismo, busca y llama á su creador.

Eva permanece dormida al pié del monte: Miguel en la cumbre manifiesta á Adán toda su raza por medio de una visión. Esto da lugar á que se desarrolle toda la acción de la Biblia. Por de pronto viene la historia de Cain y Abel. «¡Oh Señor, exclama Adán al Ángel, al ver caer á Abel, ¿es eso la muerte? ¿Es ese el camino por donde he de volver á mi polvo nativo?» Téngase presente que en la Escritura no se hace mención de Adán después de su caída; durante novecientos treinta años parece que al género humano, su desgraciada posteridad, no se ha atrevido á nombrarle: el mismo San Pablo no lo numera entre los santos que han vivido de la fe: el Apóstol no principia esta lista sino por Abel. Adán está considerado como el primero de los muertos, porque todos han muerto en él, y sin embargo, durante nueve siglos, vió desfilar sus hijos hacia la tumba que él les había abierto y preparado.

Después de la muerte de Abel, el Ángel hace ver á Adán un hospital y las diversas especies de muerte; cuadro lleno de vigor á la manera del Tintoreto. «Adán llora al verlo, dice el poeta, aunque no había nacido de mujer.» Reflexión patética inspirada al poeta por aquel pasaje de Job: «El hombre nacido de mujer no vive sino poco tiempo, y está lleno de muchas miserias.»

La historia de los gigantes de la montaña que seducen á las mujeres de la llanura, está maravillosamente contada. En el libro XI, Milton imita al Dante por sus formas de interpelaciones del diálogo; ¡Maestro! Dante habría invitado á Milton á entrar con él como hermano en el grupo de los grandes poetas. En el libro XII no se refieren los hechos mediante una visión, sino que ya se sigue la forma de una narración. La torre de Babel, la vocación de Abraham, la venida de Cristo, su encarnación y su resurrección, están llenas de todo género de bellezas. El libro concluye por el destierro de Adán y Eva, y por aquellos versos tan melancólicos que todo el mundo sabe de memoria.

En estos dos últimos libros se ha ido aumentando la melancolía del poeta: parece que le es más sensible el peso de la desgracia y de los años. En boca de Miguel pone estas palabras:

«Gozarás de la vida, y semejante á un fruto que ha llegado á su madurez, volverás á caer al seno de la tierra de donde has salido. Tú serás no duramente arrancado, sino blandamente cogido por la muerte, cuando llegues á ese estado de madurez que se llama ancianidad. Mas para eso tendrás que sobrevivir á tu juventud, á tu fuerza y á tu hermosura, que se cambiará en fealdad, en decadencia, en demacra-

ción. Tus sentidos embotados, habrán perdido esos gustos y esas dulzuras que ahora te halagan, y en vez de ese aire de juventud, de alegría y de vivacidad que te anima, dominará en tu árida sangre una fría y estéril melancolía, que irá abrumando tus sentidos, y agotará por último el bálsamo de tu vida.»

Cierto comentador hablando acerca del número de Milton por lo tocante á estos últimos libros del poema, dice: «Es el mismo Océano, pero en el momento del reflujo; el mismo sol, pero en la hora del ocaso.»

Sea así. A mí el mar me parece más hermoso cuando me permite recorrer sus playas abandonadas y cuando se retira al horizonte con el sol que toca ya en su ocaso.

CARÁCTER DE LOS PERSONAJES DEL PARAÍSO PERDIDO.— ADÁN Y EVA.

Milton puso en el primer hombre y en la primera mujer, el tipo original de todos sus descendientes.

«En sus divinas miradas resplandecía la imagen de su glorioso autor con la verdad, la sabiduría y la santidad severa y pura; severa, pero fundada en aquella verdadera libertad filial de donde procede la verdadera autoridad entre los hombres. No son iguales, así como tampoco son semejantes en sexo; él está formado para la contemplación y el valor; ella para la blandura y la dulce gracia seductora; él únicamente para Dios; ella para Dios en él. La anchurosa frente del hombre y su mirada sublime, revelan su poder supremo; sus cabellos negros como la noche, partidos en derredor de la frente, penden como racimos; pero no flotan sobre sus anchas espaldas. La mujer ostenta como un velo su cabellera de oro que baja esparramándose y sin adorno alguno hasta su delgada cintura: sus trenzas caen formando caprichosas ondulaciones como los zarcillos de la vid; símbolo parece esto de dependencia, pero dependencia exigida con blando imperio, concedida por la mujer, y con más gusto aceptada por el hombre, concedida con una sumisión modesta, un decoroso orgullo, una tierna resistencia, ¡amorosa dilación!...»

«Así vivían desnudos, y no evitaban la vista de Dios, ni la del ángel, porque no pensaban en el mal. De esta manera, asidos constantemente de la mano, vivía la más hermosa pareja que desde entonces se ha unido en los abrazos de amor: Adán, el más hermoso de los hombres que de él han nacido; Eva, la más hermosa de las mujeres que le han debido su origen.» (*Paraíso perdido*, lib. IV.)

Adán, sencillo y sublime, instruido por el cielo, no tiene más que una debilidad, y se echa de ver que esa será la causa de su ruina: después de haber referido su creación á Rafael y sus conversaciones con Dios en la soledad, pinta su arrebató al ver por primera vez á su compañera.

«Parecióme aunque estaba dormido, que veía el sitio en que me hallaba, y la gloriosa figura en cuya presencia había estado despierto. Bajándose hacia mí (Dios) me abrió el costado izquierdo y me tomó una costilla caliente con los espíritus del corazón, y empapada de la nueva sangre de la vida. Ancha era la herida que me hizo; pero súbitamente quedó llena de carne y se curó. Amasó y modeló aquella costilla con sus manos; y por la virtud de estas se formó una criatura semejante al hombre, pero de distinto sexo. Era tan agradablemente hermosa, que todo cuanto me había parecido hermoso en el mundo, no me pareció digno de atención de aquel momento, ó más bien creí que todas las bellezas se habían refundido en ella y en sus miradas que desde entonces han derramado en mi corazón una dulzura nunca anteriormente sentida. Su presencia comunica á todos

los seres espíritu de amor y amorosas delicias. Esa criatura desapareció, y me dejó en oscuridad: desperté para buscarla, ó para lamentar eternamente su pérdida y renunciar á todos los demás placeres. Cuando empezaba ya á perder la esperanza de verla, héla allí no lejos tal cual la había visto en mi sueño, adornada de cuanto el cielo y la tierra pueden prodigar para hacerla admirable. Avanzó hacia mí conducida por su divino creador (aunque invisible). No signoraba la santidad nupcial ni los ritos del casto enlace: la gracia campeaba en todos sus ademanes, y el cielo en sus ojos: cada uno de sus movimientos expresaba dignidad y amor. Yo, transportado de júbilo no pude menos de exclamar en alta voz:

«Al fin has cumplido tu promesa, ¡Oh Creador dulce y benéfico, dispensador de todo lo hermoso! pero este ciertamente es el mejor de tus donativos, y en él nada has economizado. Ahora veo el hueso de mis huesos y la carne de mi carne; ahora me veo á mí mismo ante mí mismo.»

«Ella me oyó, y aunque venía conducida por la mano de Dios, su inocencia, su modestia virginal, su virtud, la conciencia de lo que valía... todo por decirlo de una vez, la misma naturaleza, por muy pura que se hallaba de pensamiento pecaminoso, produjo en Eva un efecto tal, que al verme, se retiró. Yo la seguí: Eva comprendió lo que era el honor, y con magestuosa sumisión tuvo á bien atender á mis razones. Condujela al frondoso sitio destinado para nuestro enlace nupcial ruborizándome como la aurora. Todos los cielos y las estrellas faustas, deramaron en aquel momento su más benéfica influencia. La llanura y las colinas dieron señales de júbilo: las aves trinaron dulcemente; las frescas brisas y los blandos venticillos, murmurando entre el ramaje, y jugueteando, nos arrojaban hojas de rosa con sus alas, y nos ofrecían los aromas de que se empapaban en el bosque florido. Por fin, la enamorada ave de la noche, cantó el himno de nuestras bodas y rogó á la estrella vespertina que se apresurara á presentarse en la cima de su colina para encender nuestra antorcha nupcial.»

«Te he referido mi condición y contado mi historia hasta el colmo de la felicidad terrestre de que disfruto. Debo confesarte, que en todas las cosas que me rolean hallo felicidad, pero sea que las use, sea que me abstenga de ellas, no producen en mi espíritu ese cambio ni esos vehementes deseos. . . .»

«Mas en este particular sucedió lo contrario. La veo, la oigo enajenado de placer. Así fue como por primera vez sentí la pasión, esa emoción extraña. Superior y tranquilo en medio de cualquiera otra placida sensación, aquí solo es donde me siento débil al encanto de la poderosa mirada de la belleza. O la naturaleza ha flaqueado en mí dejándome alguna parte incapaz de resistir á semejante objeto, ó bien habiendo sido ella arrancada de mi lado, se llevó tal vez consigo una porción demasiado grande de mi vida, ó por lo menos se le han prodigado demasiados encantos.... Al contemplar sus gracias, me parece tan absoluta, tan completa en sí misma, y tan instruida en sus deberes, que todo lo que hace ó dice me parece lo más discreto, lo más virtuoso y lo más atinado. La ciencia más elevada cae y se humilla en su presencia; la sabiduría al hablar con ella se desconcierta y parece locura. La autoridad y la razón la siguen como si hubiese sido creada antes que ellas. Finalmente, por decirlo de una vez, la magnanimidad y la nobleza han hecho de ella su magnífica morada, circundándola de un respeto que inspira timidez como si estuviera custodiada por un ángel.»

¿Quién ha dicho nunca cosas semejantes? ¿Qué poeta ha hablado nunca en semejante lenguaje? ¿Qué

miserables somos en nuestras composiciones modernas comparándolas con esas vigorosas y magníficas producciones! Milton, cuida de separar á Eva en tanto que Adán cuenta á Rafael su debilidad; pero Eva curiosa y oculta entre el ramaje, oye lo que por fin ha de contribuir á su perdición.

Eva ejerce una seducción inexplicable: respira á un mismo tiempo inocencia y voluptuosidad; pero también es inconstante y está envaneida de su belleza: se obstina en ir sola á sus trabajos de la mañana á pesar de las súplicas de Adán; se ofende del temor que este le manifiesta, y se cree capaz de resistir al príncipe de las tinieblas.

El débil Adán cede á todo, y la sigue con tristes miradas cuando va desapareciendo en la espesura de los bosques. No bien ha llegado al pié del árbol de la ciencia, queda seducida á despecho de los consejos de Adán, del cielo, y á despecho de las imágenes de un sueño que le había inspirado terror, y en el cual el espíritu de la mentira le había dicho lo que la serpiente le vuelve ahora á decir: algunas alabanzas de su belleza la fascinan; cae.

El estupor de Adán, la resolución que toma de probar el fruto fatal para morir con Eva, la desesperación de ambos, las recriminaciones, el perdón, la reconciliación, el propósito de Eva de darse la muerte ó de privarse de posteridad, todo está dicho en el tono más sublime y patético.

Por lo demás, Eva tiene analogías con las heroínas de Shakespeare: en su carácter predomina algo extremadamente juvenil, una sencillez parecida á la infancia, y esto es precisamente la excusa de una seducción tan fácilmente consumada.

El estilo de las escenas no pertenece sino á Milton. Sabidos son los deliciosos versos con que Eva da cuenta de sus primeras sensaciones al salir de las manos del creador.

«Dulce es el aliento de la mañana; dulce la aurora con el canto de las aves que la celebran; agradable es el sol cuando desde el Oriente despliega en este delicioso jardín sus rayos sobre la hierba, los árboles, los frutos y las flores que brillan con la humedad del rocío; encantadora es la venida de la noche tranquila y graciosa; encantadora la noche callada con su ave solemne, y esa luna tan bella, esas perlas del cielo, y esa bóveda estrellada; pero ni el aliento de la mañana con el mágico canto de las aves, ni el sol al aparecer sobre este delicioso jardín, ni la hierba, ni las frutas, ni las flores brillantes con la humedad del rocío, ni los perfumes después de la benéfica lluvia, ni la caída de la tarde tranquila y graciosa, ni la noche callada con su cantor solemne, ni el paseo bajo la claridad de la luna, ni la oscilante luz de la estrella, nada tiene dulzura sin tí.»

Adán, al entrar en la espesura que va á servir de tálamo nupcial, oculta el anhelo de la felicidad que le espera bajo este casto y religioso deseo.

«Creador, tu delicioso paraíso es demasiado vasto para nosotros: echa de menos tu abundancia manos que se la repartan, y cae al suelo sin que nadie la siegue. Mas tú nos has prometido una raza para llenar la tierra, una raza que con nosotros glorificará tu bondad infinita cuando nos despertemos, ó cuando como ahora vayamos á buscar el sueño que es también uno de tus inapreciables donativos.»

Adán se despierta antes que Eva en el tálamo. «Incorpórase y apoyando su frente en las manos contempla con éxtasis á su muy amada compañera. Con la mirada de un cordial amor contempla aquella belleza que despierta ó dormida brilla siempre con todo género de encantos. Luego con una voz dulce como cuando el céfiro juguetea entre las flores; toca suavemente la mano de Eva y murmura estas palabras:

«Despierta, hermosa mía, esposa mía, postrer bien